

jetivo, la manera propia de ver y de sentir, de pensar y de realizar, acentuándose la expresión de lo concreto, surgiendo a la superficie de la vida las fuerzas de lo real y lo auténtico, y dando así salida a una multitud de formas que estaban como represadas y encarceladas. Este espíritu nuevo invade también el campo del sentimiento religioso, y tiene su manifestación en la evolución del culto y hasta en la liturgia de la misa. Es entonces cuando las bóvedas se levantan al espacio en una espiritualización de la materia, y es entonces también cuando, siguiendo la dirección de las líneas arquitectónicas, se levantan las miradas y las almas de los fieles como atraídas por las especies sacramentales, que se alzan también en el nuevo rito de la elevación, protesta contra el hereje Berengario, que no parece darse cuenta de que pasado el artesonado de cortos vuelos de la basílica primitiva y la recogida penumbra del templo románico en su primera hora. Un principio gótico es el de la acumulación, el de la repetición de un mismo rasgo, el de la reincidencia en la ornamentación, y también él deja su huella en la liturgia de la misa. Hasta el siglo XII, el celebrante sólo besaba el altar cuando iba a empezar el sacrificio y cuando, una vez terminado, iba a salir de la iglesia. Esta era la tradición. Desde el siglo XIII, estos ósculos se multiplican; les vemos aparecer en el *Supplices*, en la oración *Veni Sanctificator omnipotens*, cada vez que el sacerdote se vuelve hacia el pueblo; lo mismo sucede con las cruces, con los movimientos de las manos, con los tonos de la voz, con la actitud del cuerpo y la elevación de los ojos. «Hay que extender las manos en forma de cruz, dicen las rúbricas de la época; hay que levantarlas un poco en señal de que Cristo, el león invicto, resucitó; hay que alzar los brazos para indicar la ascensión de Cristo, Dios y hombre.» Y un anónimo decía a fines del siglo XIII: «Por lo que a la misa se refiere, todo cuanto hay que enseñar a los laicos se refiere a estas tres cosas: a las fórmu-

las textuales, a las vestiduras y a los gestos, es decir, a los siete ósculos, a las cinco veces que debe volverse el sacerdote, a las cuatro inclinaciones, a las veinticinco cruces o bendiciones.»

Todo va concretándose en un número definido, que tiene su significado, que no puede dejarse alargar. Cada gesto será desde ahora la figura o la evocación de algo. Los tres silencios que guarda el sacerdote en la *Secreta*, en el canon y en el *Pater Noster*, significan los tres días que pasó Cristo en el sepulcro; las cinco veces que el sacerdote se vuelve hacia el pueblo, recuerdan las cinco apariciones de Cristo a sus discípulos después de la Resurrección; las tres cruces del *Te igitur* son la figura de las injurias que sufrió Cristo ante los tres tribunales del Sumo Sacerdote, de Herodes y de Pilatos.

Esta concepción simbolista es otro rasgo de la época, que se reflejará lo mismo en la liturgia que en el arte, y puede decirse que hasta en la vida. Se escriben libros con títulos como estos: «Imagen del mundo», «Espejo de la naturaleza». La naturaleza reflejaba los atributos y perfecciones; el mundo era mirado como la imagen de otro mundo superior, ya que, según la Sagrada Escritura, todo estaba dispuesto en número, peso y medida. Y lo que Dios había hecho en sus obras debían hacerlo los hombres en las suyas. El abad Suger, uno de los hombres que más influyeron en el arte medieval, se expresa de esta manera: «Cuando sucede que el variado brillo de las piedras preciosas encadena mi mirada y aparta mi pensamiento de las cosas exteriores, una piadosa meditación, transportando mi espíritu de las cosas materiales a las inmateriales, me hace ver allí la diversidad de las virtudes, que son el ornamento de nuestra alma. Y entonces creo hallarme en un lugar extraño, de alguna manera, a este mundo, un lugar que no está enteramente en el barro de la tierra, ni tampoco en la región pura de los cielos. Pero me parece que desde esta morada inferior puedo ya, por permisión divina, levau-